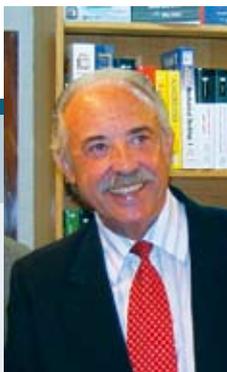


“La Columna”

Francisco Ponce Carrasco
pacoponce@ediho.es
www.franciscoponce.com

Sinceridad con la naturaleza

**Dependemos de máquinas,
infraestructuras, comodidades mil**



No voy a disertar ni erigirme falso ‘paladín’ de causas embarazosas, especialmente sobre esta cuestión. Sabemos que en los últimos seis lustros hemos creado con mayor pujanza un mundo donde es difícil reconciliar la naturaleza con las invenciones humanas y tenemos unas necesidades básicas irrenunciables que nuestros mayores ni siquiera soñaban.

Dependemos de máquinas, infraestructuras, comodidades mil, que elevan nuestra calidad de vida en detrimento del medio ambiente. Con harta frecuencia solemos engolar la voz comentando nuestro punto de vista sobre el cambio climático y el ecosistema. Para asegurarnos un buen lavado de conciencia nos manifestamos, de vez en cuando, en marchas públicas de protesta ecológica o en apagones de luz sincronizados. Después de la reprobación de turno cogemos el turismo o la moto y a ‘todo gas’ nos vamos a casa para ‘enchufar’ los múltiples aparatos que nos proporcionan el más placentero bienestar

La desertificación no es el aumento de extensión de los desiertos existentes, sino el proceso de degradación de las tierras en áreas áridas, semiáridas y subhúmedas secas.

Inmersos en una carrera gradual de pérdida de productividad del suelo, así como de una disminución de la envoltura vegetativa por efecto de las actividades humanas y de las variaciones climáticas, más de 255 millones de personas sufren directamente las consecuencias de la desertificación, y más de una tercera parte de la superficie terrestre – 4.250 millones de hectáreas- está amenazada con padecer este desastre.

Deberíamos ser más sinceros con nosotros mismos, aclarar las contradicciones en que vivimos y que entre todos hemos creado, porque si somos capaces de realizar un verdadero esfuerzo colectivo, sería hasta posible reconvertir el proceso de destrucción a que asistimos. Por lo general el egoísmo es tanto que solo pensamos en el hoy y despreciamos nuestro mañana y el de las generaciones venideras. Si seguimos engañándonos con que los demonios contaminadores siempre son de otros, nunca veremos la solución.

Posiblemente hemos dejado de apreciar la tierra con el mismo sentimiento que lo hacían nuestros antepasados, tal vez haya que asomarse a nuestros recovecos más profundos para sentir a la ‘Madre Tierra’, porque al fin y al cabo, tierra es lo que somos.

Para asegurarnos un buen lavado de conciencia nos manifestamos, en marchas públicas de protesta ecológica o en apagones de luz sincronizados